

## ENTREVISTA A MARÍA

María vive en Nazaret, un pueblecito de Galilea. Su vida es como la de todas las mujeres del pueblo: mucho trabajo, pero también mucha oración y muchas ganas de vivir.

Tenía una gran ilusión, que acariciaba en su corazón: casarse con José. Estaba enamoradísima de él. Estaban desposados y querían tener muchos hijos y formar una familia maravillosa. José estaba ya fabricando los muebles y preparando la casa donde íban a vivir. Sus padres estaban ahorrando para la fiesta de la boda... pero un buen día todo cambió.

### **¿Qué te pasó, María?**

Había ido al pozo, y al volver a casa, un poco cansada, me senté y cerré los ojos. De pronto, me sentí envuelta en una gran luz. Al abrir los ojos, vi que la luz se había transformado en un ángel. Y el ángel empezó a decir: "¡Alégrate, llena de gracia! ¡El Señor está contigo!".

Me asusté. No lograba comprender, pero el ángel siguió hablando. Me presentó el proyecto de Dios: me había escogido para ser la madre del Salvador que tenía que venir al mundo. ¡Poco me faltó para morirme de miedo! Enseguida pensé en José, en nuestros planes e ilusiones. Todo se venía abajo.

Pero también pensé enseguida que Dios, con un amor gratuito, me invitaba a una misión prodigiosa. Y contesté que SÍ. Mi cuerpo y mi alma ardieron en amor, y sentí en el corazón una gran paz. Por la gracia del Espíritu Santo, quedé encinta de Jesús.

### **Según parece, aquel "SÍ" te costó mucho sufrimiento**

Es verdad. Era todavía casi una niña cuando vino el ángel. En mi emoción, me entregué confiadamente a Dios, sin pensar en todas las consecuencias. De hecho, las cosas se complicaron inmediatamente. ¿Cómo explicárselo a mis padres? ¿Y a José?

Sólo de pensarlo me daba pánico: estando desposada con José, según la ley de Moisés; él podía acusarme de adulterio ante los escribas de la sinagoga, y me condenarían a morir lapidada. También sabía que José me amaba mucho y no se comportaría como los demás hombres para defender su honor. El momento peor, fue observar la reacción de José cuando se lo conté todo. Veía su corazón

asaltado por las dudas y la desconfianza. Quería consolarlo, pero mis palabras quedaban ahogadas por las lágrimas. Después, José tuvo un sueño extraordinario: comprendió todo, y me dijo que seguía confiando en mí. Tuve una alegría inmensa cuando me dijo que compartiría conmigo este misterio de amor.

### **Poco después nació tu Hijo. Cuéntanos algo de tu vida con Jesús y con José en Nazaret**

En Nazaret, todo transcurría con sencillez, una vida normal, modesta, sin novedades ni imprevistos. Yo era la mujer del carpintero del pueblo: mis jornadas estaban ocupadas por los trabajos típicos de mi condición social: guisar, lavar en la fuente, hilar la lana...

Procuraba poner en todo amor, mucho amor. Amor a mi esposo José, que correspondía a su manera sencilla y concreta. Amor a Jesús, a quien quería con locura, aunque estábamos cada vez más preocupados por su modo de ser tan profundo, que ni José ni yo llegábamos a comprenderlo. Caímos en la cuenta de esto cuando tenía doce años y, después de la peregrinación de Pascua, se quedó en Jerusalén para hablar con los doctores del Templo.

Entonces José y yo comprendimos que empezaba a actuar sin nuestro control, y nosotros debíamos respetar su decisión. Jesús no nos pertenecía. Él tenía que recorrer su camino y llevar a cabo su misión: a nosotros nos tocaba acompañarlo y discernir en su vida y en la del pueblo los signos de la presencia amorosa de Dios.

**Si te parece bien, María, me gustaría que me hablaras de la última etapa de tu vida, cuando te habías convertido en la primera discípula de Jesús Resucitado. ¿Cómo fue tu experiencia?**

Maravillosa. Después de haber recorrido el camino de Jesús, recorrí el camino de su comunidad, una comunidad misionera, basada en la escucha de la Palabra, la oración y la vida en común. Vivíamos muy unidos, tratándonos como hermanos y hermanas. Yo, que había guardado en mi corazón las palabras y gestos de Jesús, recordaba y pensaba continuamente en toda su vida, con el fin de que nuestra comunidad encontrase en Él luz y fuerza para seguir adelante.

El peso de los años y mi salud endeble, no me permitieron ir con los Apóstoles a anunciar el Evangelio y dar vida a nuevas comunidades cristianas. Mientras ellos recorrían las tierras, yo permanecía en Jerusalén en casa de Juan. Procuraba que todos experimentasen mi presencia discreta

y afectuosa, y mi oración por ellos. Cuando regresaban de sus correrías misioneras, los acogía con cariño, los escuchaba, les daba ánimos en los momentos más difíciles. Así participaba en la aventura misionera de continuar la misión de Jesús en el mundo.